

—Es un navío—gritó uno de los marineros.  
—Que ha perdido su arboladura—contestó Antonio, que miraba también.

—¿Habrá perecido la gente?

—No; ya se mira mover algo sobre cubierta.....

—Hacen señas.....

—Piden socorro.

—Mirad; en una bota—vara levantan una bandera.....

Estaban ya cerca de aquella pobre embarcación.

—¡Ah! ¡ah!—dijo Antonio—un hombre sobre cubierta, con una bocina; va á hablar.

—¡Silencio!—dijo un oficial.

El hombre de la bocina la llevó á sus labios y gritó:

—¡Socorro! ¡socorro!

—Ea, muchachos—dijo el capitán;—á botar las lanchas al mar, á recoger esos hombres.

En un instante los botes se echaron á flote, y del navío que pedía socorro, también se botó una lancha; Antonio quedó en el «Santa María.»

Poco después, tres lanchas cargadas de gente, volvían á tocar los costados del buque de guerra sin haber dejado en el otro ni un sér viviente.

Todos fueron recibidos en el «Santa María,» y como si solo esto hubiera esperado, el viejo y desarbolado casco comenzó á hundirse y á crugir, dió luego rápidamente dos vueltas, y desapareció en el abismo, dejando no más sobre la superficie del mar un gran espacio en que el agua hirvió arremolinándose.

Después todo había terminado.

Aquel había sido el trágico fin del *Ilustre Cántabro*.

Antonio Brazo—de—acero ayudaba á recibir á bordo del «Santa María» á la tripulación del perdido buque. El ca-

### XIII.

#### La primera presa.

**A**GITANDOSE unas veces espantosamente y sosegándose otras, aquella tempestad duró casi veinticuatro horas.

A la mañana siguiente, el sol que asomaba por el Oriente, alumbró una mar tranquila y un cielo puro y trasparente; pero no más. La escuadra había sido completamente dispersada, y cada navío no podía descubrir en el ancho y dilatado horizonte más que cielo y agua; ni una vela, ni un puerto, nada, nada; agua y cielo, las ondas y el firmamento.

Uno de los navíos, sin embargo, pudo alcanzar algo más en lontananza; era el «Santa María de la Victoria,» y su capitán, explorando el mar, distinguió en aquella inmensa extensión algo que flotaba, algo que no parecía un buque, y que sin embargo, no podía ser otra cosa.

Aquel objeto estaba en la ruta del «Santa María,» el viento soplaba fresco y favorable, y las proporciones de aquello que causaba la curiosidad de la tripulación iban aumentando, hasta poderse distinguir perfectamente.

pitan, el contramaestre, el piloto, los marineros, todos se habian salvado; pero entre aquella gente venian dos señoras.

Antonio las miró comenzar á subir la escala y sintió que su corazón daba un vuelco.

Creyó reconocer á Julia y á la señora Magdalena. Entonces su espíritu desfalleció considerando el peligro que habian corrido.

Julia subia la primera, y Antonio se adelantó á recibirla: la jóven llegaba preocupada aún y no alzó el rostro sino hasta que sintió que la tomaban de la cintura; reconoció á Brazo-de-acero y lanzó un grito que no podia saberse si era de espanto ó de alegría.

Antonio procuró arrastrar violentamente á Julia lejos de allí, mientras otro marinero recibia á la señora Magdalena.

—Silencio, por Dios, Julia—le dijo por lo bajo Antonio.

—¿Qué sucede, hija mia?—dijo llegando precipitadamente la señora Magdalena—¿te ha sucedido algo?

Brazo-de-acero se apartó con disimulo como para ir á recibir á otros náufragos.

—No, madre mia—contestó Julia aparentando tranquilizarse;—la alegría de verme aquí me hizo lanzar un grito de júbilo.

—¡Bendito sea Dios que nos ha salvado!—dijo Pedro Juan llegando hasta donde estaban las dos señoras.

Julia seguia inquieta con la vista á Brazo-de-acero, y su mente se perdía en un mar de conjeturas.

Ella sabia que su amante se habia enganchado con los piratas, con el mismo Juan Morgan.

¿Qué estaba haciendo allí?

¿Habria caído prisionero en el combate?

¿Habria venido, como ella, á refugiarse al buque español por haber perdido el suyo en la tormenta?

¿Seria quizás aquel un navío de los piratas, adonde sin saber y obligados por la necesidad, habian venido solos á entregarse?

Julia no sabia qué pensar; pero esta última idea fué la que mas le impresionó; casi sin poderse contener preguntó á Juan:

—¿Qué navío es este?

—De guerra español—contestó con cierto orgullo de nacionalidad el Oso-rico;—pero voy á preguntar cómo se llama.

Apartóse Juan con un oficial, y luego volvió pavoneándose á decir:

—Navío de guerra de S. M. católica el rey de España (Q. D. G.), llamado el «Santa María de la Victoria,» por una especial que alcanzó contra los holandeses, con cuarenta cañones por banda y doscientos hombres de guerra, terror de holandeses y piratas y guarda del comercio de las Indias occidentales.

Pedro Juan se descubrió con fatuidad al dar esta pomposa relacion, y la señora Magdalena le hizo una corta reverencia.

—Ya vereis, queridas—continuó el Oso-rico—que S. M. católica tiene tan soberbia marina como la cristiana soberanía del rey de Francia, y que las armas de la monarquía española lucen con orgullo en estas zonas, llevadas por tales bajeles.

El Oso-rico mostró á las dos mujeres la bandera amarilla y encarnada que flameaba con los frescos vientos de la mañana.

Julia sintió crecer sus dudas, y quiso, sin embargo, salir de ellas.

—¿Y qué sucedería con los piratas?—preguntó.

—Esa misma duda tuve—contestó Juan—y la misma pregunta hice á un oficial; pero me contestó que apenas comenzaba el cañoneo, la tormenta dispersó las escuadras, y no se sabe qué navíos, de una ú otra, habrán perecido. El único que han encontrado es el nuestro.

Entonces Julia conoció que Brazo-de-acero no había sido recogido por los españoles.

¿Qué hacia, pues, en aquel navío?

¿La habría engañado?

No; hubiera preferido cualquiera otra cosa á saber que Antonio se había burlado de ella. La duda la mataba, y determinó hablar, á cualquiera costa, con su amante.

Antonio por su parte, no deseaba otra cosa que hablar á Julia, y acechaba una oportunidad; pero era casi esperar un imposible.

La severa disciplina de los buques de guerra dejaba á Brazo-de-acero sin libertad, y la señora Magdalena y Pedro Juan, al verse en medio de tantos soldados y marineros, no se separaban de Julia un solo instante.

El celo del enamorado por una parte, y el amor de la madre para otra, unidos á la disciplina, levantaban una muralla entre Brazo-de-acero y Julia.

Los ojos hablaban, pero los ojos de los enamorados no tienen mas que una sola frase:

—¡Te adoro!

Fuera de ahí nada saben, y cuando quieren decir algo, no dicen lo que desean, no mas:

—Te amo.

Es un vocabulario muy reducido el de los ojos; en cam-

bio hay palabras que valen por todo un idioma, y los ojos del hombre y de la mujer que se aman, tienen esa frase.

Toda diligencia era, pues, inútil, y los amantes se contentaron solo con mirarse, procurando siempre Antonio huir de Pedro Juan y de la señora Magdalena, que podía fácilmente haberle reconocido.

El navío «Santa María de la Victoria» estaba enteramente separado de la flota y casi perdido de rumbo; pero por las instrucciones del almirante, en caso de temporal ó dispersion, la isla de Cuba debía ser el punto de reunion, caso de que no pudiese algun buque incorporarse á la escuadra en la navegacion.

El capitan se dirigió al Poniente; no conocia aquel mar y necesitaba orientarse: los libros y las noticias no dan nunca la seguridad y el acierto si no los acompaña la práctica.

El viento sopló favorable, y el navío parecía volar; así se pasó la mañana: por la tarde el viento se aflojó y los trapos comenzaron á colgarse. Aquello era un peligro, porque quizá los piratas andaban cerca, y separada aquella embarcacion de la armada, corria el riesgo de caer prisionera.

El capitan contemplaba con ansia febril la bandera, que apenas se movia, y el horizonte, que permanecía puro.

Antonio comprendió lo que pasaba en aquel cerebro, y como su mision era ganarse la confianza del jefe, se acercó á él respetuosamente:

—Señor.

—¿Qué se ofrece?—dijo con orgullo el capitan.

—¿Me da vuesa merced permiso de decir una cosa?

—Dí y vete.

—Señor, conozco este mar.....

—Bien; ¿y qué?

—Señor, el viento afloja, y quizá por algunos dias; anuncia calma.

—Ya lo veo; ¿y qué con eso?

—En este tiempo hay una corriente por este rumbo que lleva el rumbo á Cuba.

—¿Por qué rumbo?

—Por el mismo que llevamos; procurando granjear hasta encontrarla, á su favor iremos bien.

—¿Podrias buscarla?

—Sí, señor.

—Vamos á la maniobra.

La suerte parecia favorecer á Brazo-de-acero; el navío caminaba apenas, y el astuto cazador tenia la vista fija en las movedizas aguas. Así permaneció una hora, y de repente exclamó:

—¡Ahí está!

—¿Adónde?—preguntó el capitán, que estaba á su lado.

—¡Mirad, señor!—contestó Antonio, mostrándole un punto cercano en el mar.

—¡En efecto!—exclamó el capitán—una corriente favorable.

Y era la verdad: en medio de la mar podian distinguir, unos ojos de marino, una superficie mas tersa y mas llana, en donde el agua tenia un color azulado y claro.

Era una corriente; sus bordes ó veriles se marcaban por una línea formada por un borboton y que algunas veces parecia hervir.

El alga del golfo era abundante fuera de aquellos bordes, y escasa por dentro.

Todas las señales que tenian los marinos para conocer una corriente, estaban allí, y el navío la ganó muy pronto.

A favor de la corriente el navío avanzaba con rapidez.

De repente se dió la señal de tierra, y al mismo tiempo de una pequeña isleta que estaba ya á la vista, se desprendió una ligera embarcacion, mientras que algunas velas se avistaron á lo lejos.

—¿Qué isla es esa?—preguntó el capitán á Brazo-de-acero, de quien habia llegado á tener confianza;—¿será las Hormigas, ó los Cayos de Morante?

—Señor, es la Navaza.

—¿Y esas velas parecen enemigas?

—Son los piratas—dijo Antonio.

Aquellas palabras cayeron como un rayo en medio de la tripulacion.

La situacion era crítica; virar de bordo era imposible; aquel navío tan pesado nada podia hacer si le daban caza los piratas; acercarse á la isla era imposible sabiendo que isla era aquella: el capitán conoció que solo por la costa del Oeste podia fondear á media milla; pero allí el desembarco era muy difícil, porque la brisa levanta mucha marejada: además, hubiera sido vergonzoso huir un combate que la suerte hacia casi inevitable.

Las velas se acercaban y crecian, y estaban ya á tiro de cañon. En el «Santa-María» todo estaba listo para el combate.

Antonio reconoció el buque que montaba Brodeli: de allí se desprendió un bote que llegó á tocar los costados del buque de guerra español; dos vogas y un oficial era todo lo que pudo descubrirse en su interior; por eso se le dejó acercar.

El oficial pirata hizo seña, y bajó la escala por la que él subió resueltamente.

El capitán salió á su encuentro.

—Brodeli, vice-almirante del gran Morgan—dijo el pirata con altivez—á tí, comandante de este buque de guer-

ra español, te intima rendicion, y te propone que le entregues el navío y cuanto en él se contenga, garantizando tu libertad y vida y la de todos los tuyos.

—Contéstale á ese tu jefe—dijo con majestuosa calma el capitán—que los marinos que sirven al rey mi señor, no saben qué quiere decir eso de rendirse; que los españoles no capitulamos con los piratas, y que de nuestras vidas y libertad puede disponer á su antojo si llegamos á ser sus prisioneros: su majestad nos permite morir en su servicio, pero nunca perder la honra en el nuestro: anda, y dí lo que has oído.

El pirata sin saludar, giró sobre sus talones, tomó la escala, descendió á su bote y volvió al navío de Morgan.

Un momento despues, una nubecilla de humo se levantó de una de las portas del buque pirata, y una bala vino á clavarse en uno de los costados del «Santa María de la Victoria.»

Era la señal para comenzar el combate.

Los piratas estaban resueltos á apoderarse de la presa, y el español á defenderla á costa de su vida.

Aquello no fué lo que esperaba el capitán del «Santa María de la Victoria,» que fiaba en sus cañones y en la pericia de sus artilleros, y que creía echar á pique ó desarbolar en un momento los buques de sus enemigos.

No se disipaba aún el humo de la primera andanada, y los piratas abordaban por la proa al navío español.

Mas que hombres, los piratas parecían una jauría de perros rabiosos; armados casi todos de hachas y de puñales, subían por la proa y se arrojaban sobre los españoles, que se defendían bizarramente; la cubierta estaba regada de muertos, las puertas de las escotillas, hechas pedazos, chor-

reaban sangre, y el capitán con la cabeza hendida de un hachazo, yacía en el alcázar.

Los piratas eran dueños del «Santa María de la Victoria:» media hora de combate les había dado el triunfo y la primera presa.....

Brodeli, el vice-almirante de Juan Morgan, había sido el primero en tomar parte en el abordaje, y con el pelo en desorden, cubierto de sangre el traje, y llevando un ancho sable en la mano derecha y una pistola en la izquierda, bajó á la cámara, seguido de un grupo de los suyos.

Julia, la señora Magdalena y Pedro Juan de Borica se habían refugiado allí.

El desollador temblaba, y las dos señoras lloraban y rezaban: los piratas forzaron la entrada, y Brodeli se precipitó sobre las dos mujeres.

Aquello era para él botín de guerra; las mujeres eran de quien las tomaba, á menos que quisiesen cederlas á la compañía.

La belleza de Julia impresionó al vice-almirante, á pesar de la excitación rabiosa en que se encontraba; era una presa que no tenía obligación de dividir con nadie.

Púsose en el cinto la pistola, y tendió su mano para tomar la de Julia, que le miraba absorta de pavor, cuando un hombre se interpuso violentamente entre el pirata y la joven, exclamando:

—¡Perdon, señor! pero esta mujer me pertenece.

Brodeli alzó admirado el rostro, procurando adivinar quién era el atrevido que así se oponía á su voluntad; por el momento no pudo reconocerlo, y dió un paso atrás levantando el sable.

—Cuidado, señor—dijo el hombre;—no hagais armas contra mí, porque puede costaros muy caro.

—¿Pues quién eres?—preguntó el vice-almirante, sorprendido de aquella audacia y de aquella sangre fría.

—Antonio Brazo-de-acero—contestó el hombre.

Brodeli bajó su arma y rechinó los dientes.

—¿Y por qué es tuya esta mujer?

—Porque es la mia, que hice embarcar en la Española; el almirante me mandó venir en los buques españoles, por eso ella viene aquí: si no hubiera sido por esa orden, ella vendría en uno de nuestros navíos.

—¿Pero adónde llevas á esa mujer?

—A Santa Catalina ó á la Tortuga, que deben ser en lo de adelante nuestra residencia; estoy en mi derecho, sirvo bien, no falto á mi contrato, y tengo derecho de ser respetado; ¿es cierto, compañeros?—agregó dirigiéndose á los demás piratas, que miraban asombrados aquella escena inesperada.

—Es verdad, tiene razon—dijeron todos.

Brodeli se mordió los labios hasta hacerse sangre, y procuró disimular.

—¿Y esa otra mujer? Supongo que no será tuya tambien, y podremos disponer de ella.

La señora Magdalena se puso pálida; temió que no le alcanzara la defensa de Brazo-de-acero.

—Esa mujer—dijo Antonio con gravedad—es la madre de la mia, como ese hombre es su marido; estas tres personas son mi familia, sagrada para todos mis jefes y mis compañeros, y si hubiese alguno que se atreviese á faltarles en lo mas pequeño, todos los compañeros saldrian en su defensa, y ese hombre moriria, aun cuando fuese el mismo almirante: así son nuestras leyes; la familia y la honra de uno de nosotros es la de todos, porque si hoy se hiciera una vileza conmigo y los demás la vieran cometer impasibles, maña-

na ellos serian víctimas, y todos los vínculos se romperian entre nosotros: ¿es verdad, compañeros?

—Sí, sí—gritaron los piratas.

Brodeli lanzó una especie de bufido de rabia, y salió seguido de los piratas.

En la cámara, Brazo-de-acero quedó solo con Julia, la señora Magdalena y Pedro Juan.

—Sois todo un hombre—dijo Juan estrechando la mano de Antonio.

—Gracias, gracias!—exclamó llorando la señora Magdalena.

Julia, aprovechando un momento en que no la observaban, puso sus labios sobre la mano de Brazo-de-acero, diciendo muy bajo:

—Eres un ángel, Antonio..... te adoro.

Antonio se estremeció de placer.

Entretanto se oian los gritos de los prisioneros, la algazara de los piratas y la voz del vice-almirante que comenzaba á ordenar algo de la maniobra.

—Oidme—dijo Antonio:—antes de que vengan aquí otra vez es preciso hablar; aun no estamos salvados; quizá dentro de un momento, embriagados por el triunfo y por el aguardiente que hayan encontrado en el navío, venga á insistir en sus pretensiones el vice-almirante; pero yo os defenderé á costa de mi vida: Julia debe pasar por mi mujer; el navío se dirigirá ahora á Santa Catalina; es una isla que Morgan ha elegido para su cuartel general: llegando allí, con el favor de Dios, espero poder proteger vuestra salida para México, adonde estareis tranquilos.

—¿Y tú?—dijo imprudentemente Julia.

—Yo—contestó Antonio—te seguiré cuanto antes.

La señora Magdalena estaba tan acobardada, que no puso atención en este diálogo entre Julia y Antonio.

—Júramelo—dijo Julia procurando que su madre no lo oyera.

—Te lo juro; ten confianza en mí—contestó el jóven—y la mano de la doncella estrechó con emoción la suya.

El buque crugió y comenzó á navegar.

#### XIV.

##### Puerto-Príncipe.

Como un toro reprimonado y rodeado de lebreles, navegaba el navío de guerra español rodeado de las embarcaciones de los piratas.

Aquella hazaña habia enorgullecido de tal manera á los soldados de Juan Morgan, que no temian ya encontrarse con el resto de la armada española.

Se dirigian en busca de la pequeña isla que llamaban de Santa Catalina, inmediata á la de Cuba, con objeto de unirse al almirante.

Al siguiente dia del combate, se descubrieron en el horizonte unas velas.

Brodeli se disponia a luchar si eran españoles de guerra, ó á dar caza si eran mercantes; todo estaba ya listo, cuando se reconoció la pequeña armada que habia quedado al mando del almirante Morgan.

Muy pronto los navíos estuvieron cerca, y Morgan, ins-